EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

JUGAR
CON LA MISMA CARTA,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

TOMÁS DE ASENSI.

MADRID.
ALONSO GULLON, EDITOR.
PEZ.—40.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1878.

JUGAR CON LA MISMA CARTA.

JUGAR CON LA MISMA CARTA,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

TOMÁS DE ASENSI.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro MARTIN el 19 de Enero de 1878.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1878.

ACTO ÚNICO.

Sala amueblada con mal gusto en casa de D. Juan. Éste aparece durmiendo en una silla, mientras Doña Ruperta y María se agitan de un lado á otro arreglando los objetos.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA RUPERTA, MARÍA y D. JUAN.

RUP. Vamos niña, pon ligera
esa cortina del centro.
MARIA. ¿Dónde está? Si no la encuentro.
RUP. Mírala, en la rinconera.
Y tú Juan, despierta. ¿Vas (Despertándole.)
á estarte durmiendo ahí?
JUAN. Ruperta, pienso que sí.
RUP. Pues mira, marido, más
valiera que la polilla
sintieras dentro del alma,
que no estar con esa calma
apabullando una silla
en un dia como hoy.
¡Jesús! Me vas á matar.
JUAN. ¡Ojalá!
RUP. Voy á rabiar.
¡Sí señor! Sudando estoy.

MARIA. Pero mamá...
RUP. Calla, niña,
cuando está hablando tu madre
y está aguantando tu padre
no hables tú.
MARIA. Mas no haya riña.
RUP. Hoy que por tratar tu boda
viene Arturo á visitarnos
y debemos presentarnos
segun exige la moda,
y cual cumple á los blasones
de mi casa solariega,
tu padre á dormir se entrega
recostado en los sillones.
JUAN. ¡Ruperta!
RUP. ¿Qué? No me inquieta
que pongas la faz airada,
repito que no haces nada
más que dormir.
JUAN. ¡Ay, pateta
me va á llevar!
RUP. Los floreros
aun están por adornar,
las cortinas por colgar,
sin velas los candeleros,
ni afinaron el piano,
ni arreglaron los vestidos,
ni han mandado los pedidos
de la tienda de Escribano.
Nada, no hay nada.
JUAN. Ruperta,
se te ha trastornado el seso,
ó tú te figuras que eso
se cuela así por la puerta?
Si quieres que ande ligero
y que no sea dormilon,
en vez de tanto sermon
y gritos busca dinero.
RUP. ¡Qué yo busque? ¡Qué insocial
te hace la suerte traidora!
¿Olvidas que soy señora,
que papá fué general,

y de los más respetados,
por grandes merecimientos
en siete pronunciamientos
se ganó los entorchados?

JUAN. Era todo un caballero. (Con sorna.)

RUP. No profanes su memoria,
que nos legó inmensa gloria.

JUAN. Sí, pero poco dinero.

RUP. Así á la suerte le plugo,
mas la hija de un general
buscar dinero!

JUAN. Sí tal,
¿fué mi padre algun verdugo?
Y sin embargo, agobiado
por tu voz que me acribilla
me duele la campanilla
de tanto pedir prestado.
Y ni amigos, ni usureros
hay á quien dar la tostada,
porque hasta tengo apurada
la guía de forasteros.

RUP. Pero viniendo hoy Arturo
no es de extrañar que yo exija
que en obsequio de tu hija
pases el último apuro.
Tú que siempre bondadoso
con ella y conmigo fuiste,
que siempre te desviviste
cual buen padre y buen esposo.
Conque vamos, por nosotras
haz ese esfuerzo, marido.

JUAN. Lo haré, ya se ha concluido,
mas reflexionad vosotras
de lo difícil que es ir
á buscar siempre prestado
cuando se tiene agotado
el sistema de pedir.

MARIA. Oye, papá, no te aflija
ni mi amor te cause apuros.
¿Cuánto es preciso?

JUAN. Diez duros
por el pronto.

MARIA. Pues tu hija
te los va á dar.

JUAN. ¿Cómo es eso?
¿Tú tienes dinero?

MARIA. Sí.
pero intereso de tí
por los réditos un beso.

JUAN. Pero...

MARIA. ¿Merezco reproche?

JUAN. No, mas estaba pensando...

RUP. ¿Quién le los dió?

JUAN. ¿Desde cuándo
tienes eso?

MARIA. Desde anoche.
Como regalar es moda
y supo mi matrimonio,
me ha dado veinte el tio Antonio
como regalo de boda.

JUAN. ¿De boda? Muy diligente
anda en regalar mi hermano.

RUP. Pues si hoy nos piden la mano
de la niña.

JUAN. Bien, corriente.
En repetir lo que sé
te haces ya muy enojosa,
que el pedirla es una cosa
y otra que yo se la dé.

RUP. ¡Cómo! ¿Quizás te opondrías
á un enlace convenido?

JUAN. Mientras no esté convencido
de su amor...

RUP. ¡Capaz serías!

JUAN. Y muy capaz, vive Dios!
de salvarla del abismo
no habiendo amor.

RUP. Dí tú mismo,
nos amábamos los dos?
Ni pizca. Mamá me dijo:
«Niña, te conviene Juan,
es sobrino del dean
y le quiere como á un hijo.
Á su muerte heredará,

por de pronto tiene empleo.»
te miré, te encontré feo
pero no te solté ya.
Ademas que tu María
le quiere. ¿Verdad que sí?

MARIA. Tengo su imágen aquí
grabada.

JUAN. Eso es tontería.

MARIA. Porque es tan bueno mi Arturo,
tan rico, tan elegante
y tan guapo y tan constante...

JUAN. ¿Qué le quieres?

MARIA. Lo aseguro.

RUP. Ya ves si á fuer de obstinado
niegas el consentimiento
la matas de sentimiento.

JUAN. Qué la mato? No hay cuidado.

RUP. Ya hace tiempo que le vió
una noche en la Zarzuela,
y haciendo la coquetuela
como la he enseñado yo,
logró así que el señorito
fijase allí su mirada,
no te pongas colorada;
(Á María que baja la cabeza.)
porque no es ningun delito.
Yo despues estudié al chico,
protegí las relaciones,
y haciendo averiguaciones
me dijeron que era rico.
Entónces logré atraerle
porque era el fin del negocio,
y él abandonando el ocio,
y ella llegando á quererle
se tienen amor profundo.

JUAN. ¿Y armaste todo ese lío?

RUP. De no hacer eso, hijo mio,
qué voy á hacer en el mundo!
¿Al fin consientes?

JUAN. Que exija
no es justo como buen padre...

RUP. (Lo que le cuesta á una madre

poder casar á una hija.)

MARIA. ¡Ay papá, qué gusto!

JUAN. ¿Sí?

MARIA. El alma placer rebosa.

PORT. Don Enrique Peñalosa
(Anunciándole desde la puerta.)
y otro señor.

RUP. Ya está aquí.
Vamos á nuestro aposento
y te pondrás unas flores.
Que pasen esos señores (Al Portero.)
y que esperen un momento.
(Vánse por la izquierda, Enrique y Arturo entran por el foro.)

ESCENA II.

ENRIQUE, ARTURO.

ART. Bien, puedes ya retirarte. (Al Portero.)

ENRIQ. Hoy calmarás tu ansiedad,
hombre, voy á presentarte.

ART. ¿Cuándo podré yo pagarte
lo que debo á tu amistad?

ENRIQ. No tanto.

ART. Sí, tú has logrado
acercarme á esa mujer
de quien vivo enamorado.

ENRIQ. Pues el hambre se ha juntado
con la gana de comer.

ART. ¿Qué dices?

ENRIQ. Vine á anunciarte
como exigiste.

ART. Así es.

ENRIQ. Y apenas llegué á nombrarte
por poco voy á buscarte
á tu casa en tren express.
Te juro que no esperaba
hallar tan franca la vía.

ART. ¿Y su padre?

ENRIQ. Se alegraba,
la madre se impacientaba

y tu amor se sonreía.

ART. ¡Qué porvenir tan dichoso!

ENRIQ. Sí, soberbio porvenir
el porvenir del esposo,
vivir siempre haciendo el oso
si eso se llama vivir.

ART. ¿Pero tu mente imagina
que es María algun demonio?

ENRIQ. No, si tu novia es divina,
pero chico, en mi doctrina
no entra el santo matrimonio.
Y así tu suerte no envidio,
prefiero la libertad.

ART. Y yo por casarme lidio.

ENRIQ. Y yo te ayudo al suicidio
como prueba de amistad.

ART. Casarse siempre es tan triste?

ENRIQ. Sobre todo tan añejo,
pero en fin, te decidiste?

ART. No.

ENRIQ. Pues si no resolviste
escúchame un buen consejo.
Dice, yo no sé qué autor,
y es un sabio á lo que creo,
que en el siglo del vapor
es una lidia el amor
cual la lidia del toreo.
La niña que novio caza
causando á Montes envidia,
el mundo toma por plaza,
de torero se disfraza
y da comienzo á la lidia.
Berrendo en negro, boyante,
cornigacho y sin sentido,
sirve de toro el amante,
es decir el aspirante
á morir siendo marido.
De lila y plata vistiendo,
que es vestidura barata,
el padre pica al berrendo,
en lo cual segun entiendo
hay más de lila que plata.

Y por si el pollo se alegra
al sentirse con cosquillas,
vestida de intencion negra
sale siempre mamá suegra
á ponerle banderillas.
Importa poco que el chico
naciese bonito ó feo,
lo que importa es que sea rico,
y cuadrando en el hocico
le pone un par al *cuarteo*.
Y al ver que se va escamando
el novio, digo el novillo,
le larga otro par cambiando,
otro al sesgo pareando
y alguno de sobaquillo.
Suena al cabo la trompeta,
la niña con mucha sal
coge entónces la muleta
y entre formal y coqueta
va al palco presidencial.
Brinda el toro que rendido
busca fin á su afliccion,
y al brindis, que es muy lucido,
contesta el jóven Cupido
que preside la funcion.
Llega al que juzga animal,
y él que es listo, si no guapo,
toma un pase natural
y en un lance casual
por poco le rasga el trapo.
Pero tal lance no importa
pues no falta quien lo evite,
que mientras ella está absorta
la madre con una corta
le prueba que estaba al quite.
Va á matarle recibiendo,
tú ya sabes el por qué
no arranca bien el berrendo,
y ya el bulto descubriendo
intenta un buen volapié.
Pero no era la ocasion
por no sé que nueva maca,

da dos pases de telon
y sufriendo un revolcon
lo acaba de un mete y saca.
Le da el toro el presidente
por ser un bravo torero,
y al fin entre mala gente
con gritos al inocente
llevan al desolladero.
Y de esta comparacion
procura tú aprovecharte,
porque si eres un melon
tras dos pases de telon
chico, van á desollarte!

ART. Bien mereces un abrazo
por esa caricatura,
pero ó me das un bromazo
ó tu horror al santo lazo
exagera la pintura.

ENRIQ. Te juro que no exagero.

ART. Pues con todos los reveses
de ser toro, lo prefiero
al yugo déspota y fiero
de una colonia de ingleses.
¿Sabes tú lo que es vivir
aguantando una patrona
que ni aun te deja dormir,
que no cesa de pedir
y ni olvida ni perdona?
Que te quema en lento fuego
rabiando todos lo dias,
que alguna vez suelta el pego
y da siempre el mismo juego,
constantemente judías.
Y tener un zapatero
que visita diariamente,
y un sastre y un sombrerero
que si no les das dinero
no eres persona decente.
Te niegas, pero es en vano,
todos te ponen mal ceño,
y en invierno y en verano
ser constante parroquiano

de toda casa de empeño.
Reanimar los miembros yertos
con café del Imperial,
y conquistar inespertos,
y levantar á los muertos
de su lecho sepulcral.
Y sobre esa mole humana
de gente materialista
con facha antidiluviana,
la cabeza hueca y vana
del *honrado* prestamista.
Yo no sé lo que daría
por salir pronto del paso
y cambiar la suerte mia,
conque ceja en tu manía
porque me caso y me caso!

ESCENA III.

DICHOS, DOÑA RUPERTA y MARÍA.

RUP. ¡Ah señores, tanto honor!
¿Cómo va?
ENRIQ. Perfectamente.
¿Y usted?
RUP. Con mi flato ardiente,
pero estoy mucho mejor.
ENRIQ. Me complace; y le presento
á don Arturo Alvarado,
jóven muy aprovechado
y de no vulgar talento,
mas que tiene la manía
de dar á ustedes un susto.
RUP. Tengo en verle mucho gusto.
ART. ¡Ah! ¿Cómo está usted, María?
MARIA. Muy bien.
ENRIQ. Soberbios sillones. (Sentándose.)
yo con permiso me siento,
que eso de subirse ciento
cuarenta y tres escalones
es cosa que desespera.
ART. ¡Jesús, no es para rendir.

RUP. Yo los subo sin sentir.
ART. Yo ni lo noto siquiera.
ENRIQ. Hombre, qué felicidad
ART. ¿Pero te cansas de veras?
ENRIQ. Para mi las escaleras
son una barbaridad.
Y con franqueza lo digo,
me duele más el subir
cuando el subir es el ir
á sepultar á un amigo.
¿Porque ustedes sabrán ya?...
RUP. Sí, que es usted muy bromista.
ART. Mejor dicho, un egoista
con mil caprichos.
ENRIQ. Quizá.
Si al que yo busque reposo
le das de capricho el nombre,
confieso que soy un hombre
sumamente caprichoso.
RUP. Á mí la luz me enamora,
y luégo ofrece una vista...
ENRIQ. Para taller de un artista
no tiene precio, señora.
RUP. La condesa de Vichy,
que vive en la Castellana,
constantemente se afana
porque vayamos allí.
Mas vana es su pretension,
señores, porque María
de seguro se opondría
á mudar de habitacion.
MARIA. Tomo cariño á las casas,
como en todo soy constante...
(Mirando á Arturo.)
ENRIQ. Es un gusto extravagante.
ART. Hombre, que ya te propasas.
Dejemos la discusion.
ENRIQ. Bien, de discutir dejemos
pues que lo quieres.
ART. Y hablemos
ahora de mi pretension.
ENRIQ. (Me das lástima) (Ap. á Arturo.)

ART. ¿De veras?

ENRIQ. Porque eres un pobre tonto
que te vas á ver muy pronto
en las garras de estas fieras.
En fin, chico, Dios te asista
y te libre de esa cruz;
no estima el hombre la luz
hasta que pierde la vista.
Si casarte es tu ilusion
y esa boda te seduce,
ya verás donde conduce
tu escéntrica vocacion.

ART. Desdeñando tu manía
á mi temor rompo el dique.
Ya sabrá usted por Enrique (Á Ruperta.)
lo que siento hácia María.

RUP. Algo, me indicó Alvarado.

MARIA. (Mal mi placer se disfraza.)

ENRIQ. (Ya dió principio la caza.)

ART. Estoy muy enamorado.
Y como un hombre al amar
no puede encontrar reposo
mas que al llamarse su esposo
en presencia del altar,
por saber mi bien me afano
si es que á mi pasion consiente,
ó tiene usté inconveniente
en concederme su mano.

RUP. ¡Ay!

ART. ¿Qué es eso?

RUP. Nada, Arturo,
permita usted que me aflija;
eso de dar á una hija
para una madre es tan duro!

ENRIQ. (Hipócrita.)

RUP. ¿Mas qué hacer?
Yo que tambien me he casado
bien conozco que ese estado
es propio de la mujer.
¿Tú le quieres, niña?

MARIA. Sí,
le tengo gran simpatía.

RUP. Pues entónces, hija mia,
no te detengas por mí.
Aunque el dolor me taladre
quiero tu felicidad,
pero ántes la voluntad
hay que saber de tu padre.
Ahí viene.

ENRIQ. (Esto es lo más negro,
la cosa ya era especial
y para el cuadro final
se presenta papá suegro.

ESCENA VI.

DICHOS, D. JUAN.

JUAN. Buenas tardes.

RUP. Te presento
á don Arturo Alvarado.

JUAN. Mucho de usted me han hablado
como jóven de talento.

RUP. Sí, me acaba de pedir
á María.

JUAN. Caballero...

RUP. (Pon el rostro lisongero (Á Juan.)
no se vaya á resentir.)
Siéntese usté, ó mejor dicho (Á Arturo.)
siéntate.

JUAN. ¡Por Belcebú!

RUP. No tratarle ya de tú
fuera un extraño capricho.

ART. No hay que extrañarlo, le juro
que su franqueza me agrada,
haga usted lo mismo.

JUAN. Nada,
pues como quieras, Arturo.

ENRIQ. (La escena es original.)

JUAN. (Esta mujer está tonta.)

RUP. (Vamos, el permiso apronta.

JUAN. ¿Te corre prisa?

RUP. Sí tal.
Que no es bueno diferir
la boda debes creer.

Contesta.

JUAN. Pero mujer
si la acaba de pedir.)
Por mi parte... (Dirigiéndose á Arturo.)

RUP. Ya oye usté,
por su parte...

JUAN. (Está callada,
¿no ves que aun no he dicho nada?

RUP. Pero tu intencion se ve.)

ENRIQ. (Tanto afan es un oprobio,
(Á Arturo.)
claras ves sus intenciones

ART. ¿Qué importa si unos millones
me entregan al ser su novio?)

RUP. (¡Jesús, que hombre tan pesado!
al fin me harás que me aflija
y rabie.)

JUAN. ¿Usted á mi hija
la quiere mucho, Alvarado?

RUP. ¡Qué pregunta!

ART. Sí señor.

RUP. Cuando con ella se casa...

ART. Hace tiempo que se abrasa
todo mi pecho de amor.

JUAN. ¿Y tú le quieres?

MARIA. Yo sí,
meses hace que le quiero.

JUAN. Pues entónces, caballero,
no se detengan por mí.

ENRIQ. (Ya calló el pez, pobre chico.)
Ya el anzuelo te has tragado.

ART. Y de ingleses me he librado
pues en breve seré rico.)

RUP. Oye Arturito.

ART. Señora...

RUP. Me debes decir mamá.

JUAN. (Pues señor tu madre va (Á Maria.)
como una locomotora.)

RUP. Hoy ya no tendrás que hacer?

ART. No, y á servirla me obligo.

RUP. Tanto tú como tu amigo
os quedareis á comer.

JUAN. (¡Cómo! ¡Esto saca de quicio!
¿Qué le has dicho?

RUP. Lo que quiero.

JUAN. Pero mujer, y el dinero,
y el criado, y el servicio!)

RUP. Aceptas?

ART. Y cómo no?

JUAN. (Está loca esta señora!)

ART. Dentro de un cuarto de hora
volvemos mi amigo y yo.

RUP. Mira que no hay etiqueta.

ART. Lo creo.

JUAN. (Y es de creer,
para el lujo que ha de haber
pueden venir de chaqueta.)

ART. Conque hasta luégo mamá.

RUP. Enrique, no falte usté.

ENRIQ. No señora, aquí vendré.

JUAN. (Por desgracia si vendrá.)

(Arturo y Enrique saludan afectuosamente y se marchan por el fondo.)

ESCENA V.

DOÑA RUPERTA, MARIA, D. JUAN.

JUAN. Pero mujer tu estás tonta,
¿has pensado lo que has hecho
al convidar á comer
en casa á esos caballeros?

RUP. ¿Y que es una deferencia?

MARIA. Papá, ¿te sorprende eso?

JUAN. Niña, no es que me sorprenda,
pero como no tenemos
ni servilletas, ni platos,
ni manteles, ni cubiertos,
pienso que la invitacion
es ridícula en extremo.

RUP. Juan, debes tener presente
que cuando tal cosa he hecho
es porque espero quedar
con el mayor lucimiento;

pues de no haber sido así
piensas tú, marido necio,
que la hija de un general
que fué gloria del ejército
cometiera esos dislates?
Respóndeme.

JUAN. Bueno, bueno.
¿Es decir que tú sabrás
cómo salir del enredo?

RUP. Con los diez duros de Antonio,
que áun en mi poder conservo,
encargamos á la Fama
que traigan cuatro cubiertos...

JUAN. Muy bien, pero ¿y el criado?

MARIA. Puede servir el Portero.

RUP. Es verdad, feliz idea,
voy á bajarle al momento
tu levita.

JUAN. Mi levita;
si parecerá un cochero!

RUP. Pues en casa de los grandes
lacayos llaman á esos
que de frac y corbata blanca
y de agarrotado cuello,
más caballeros parecen
que los mismos caballeros.

MARIA. Sí, papá, no tengas duda,
mamá lo dice y es cierto,
más que nosotros conoce
de la moda los preceptos.

RUP. ¡Y tanto! Como que en casa
se daban unos conciertos
con *ambiguos*...

JUAN. Ambigús!

RUP. Que nos costaban lo ménos
diez y ocho ó veinte duros
(que todavía debemos).
¿Y el salon? ¿Y la antesala?
era una delicia aquello,
allí merengues, confites,
horchata y otros refrescos.

MARIA. Cosas puestas en razon

siendo general mi abuelo.
RUP. Y general muy honrado
por ser de carabineros.
En fin, me voy á encargar
á la Fama los cubiertos.
MARIÁ. ¿Vas á ir tú, qué desatino.
Vé tú, papá.
JUAN. ¡Caramelo!
me tratais de igual manera
que si fuese un camarero!
RUP. Déjale, yo iré ahora mismo,
que Ruperta Valdivieso
no se sofoca por nada
cuando le sobra el dinero.
Adios, niña, mientras tanto
pones la mesa.
MARIA. Al momento.
RUP. Niña, pega á tu papá... (Volviendo.)
dos botones al chaleco. (Váse por el fondo.)

ESCENA VI.

MARÍA, D. JUAN.

JUAN. Como si hubiera pasado
un dia en el ministerio
cuando las liquidaciones
se hacian, tengo el cerebro.
¡Qué mujer! ¡Y qué carácter!
Esta casa es un infierno.
MARIA. Papá, que ya son las cuatro
y se va pasando el tiempo.
JUAN. ¿Qué hay que hacer?
MARIA. Poner la mesa.
JUAN. Ponla mientras yo me siento.
(María empieza á tender los manteles que saca de un armario.)
¡Lástima que así se manchen
esos manteles chinescos.
MARIA. Pero tambien te das tono,
y ven el servicio nuestro.

JUAN. ¡Valiente servicio, todo
está en la casa de empeños!
MARIA. Pero en casándome yo
no te faltará dinero.
JUAN. Sí, como que no conozco
la hidalguía de los yernos.
MARIA. Fumarás ricos habanos...
JUAN. Como no me fume un dedo.
MARIA. Comerás buenos jamones.
JUAN. Es un manjar indigesto.
MARIA. Te compraré otro gaban.
JUAN. Ya veremos, ya veremos,
yo no creo en las promesas
hasta convertirse en hechos.

ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA RUPERTA y el PORTERO.

RUP. Entre usted. Mucho cuidado,
deje en esta silla el cesto
y saque lo que hay en él.
PORT. Me lu llevaré allí dentru?
RUP. Hombre, no, sobre la silla
que lo deje estoy diciendo.
PORT. Está muy bien.
(Se dirige con el cesto hácia la puerta.)
RUP. Pero hombre,
no entiende usted?
PORT. Sí que entiendu,
y en hacer lu que me mandan
pongu todu mi talentu.
RUP. Tráigalo.
MARIA. ¡Vaya un criado
JUAN. Va á hacer su papel al pelo.
¿Á quién se le ocurre, á quién
ir á buscar al Portero
para que sirva á la mesa
sabiendo que es un mostrenco?
RUP. Déjalo ya que ha venido.
MARIA. ¿Ahora arreglaremos esto?
RUP. Dos sopas y cinco platos

(Poniéndolo sobre la mesa.)
muchos postres é intermedios,
cuatro botellas de vino
y luégo al café.

JUAN. ¡Soberbio!

MARIA. (Lastima que este criado
con su bárbaro dialecto
eche á perder la funcion;
mas yo que el francés poseo,
del diccionario ayudada
le enseñaré algunos términos.)
(Al Portero.) Acérquese usted aquí.

RUP. (Á Juan.) Pon ese plato en el centro.

PORT. Qué se ufrece, señurita?

JUAN. Qué mal olor tiene el queso!

RUP. Es de *Gruyas*.

JUAN. De Gruyere!

MARIA. Escúcheme usted atento.
Cuando entren esos señores
les saluda con respeto,
ayudando á que se quiten
las capas y los sombreros;
los coloca usté en la percha
que hay en el recibimiento,
y al punto los introduce
en esta sala.

PORT. Ya entiendu.

MARIA. Para servir la comida
toma usté un aire resuelto...

JUAN. Pero con mucho cuidado
no se rompa algun objeto.

RUP. Estos pasteles de ojaldre
son de magnífico efecto.

MARIA. Será usted parco en hablar,
y procure què su acento
tenga las modulaciones
propias de los extranjeros.
Habla usted con la nariz.

PORT. ¡Cun la nariz! ¿Cómu es esu?
¿En otrus pueblus la boca
no sirve para lu mesmu?

MARIA. (Nada, nada, lo mejor

será que le explique luego...)
RUP. (Á Juan.) No pongas las confituras
al lado de los pimientos.
JUAN. Ponme la mostaza cerca.
RUP. La mostaza que esté lejos
de tí porque te hace daño,
pasas las noches inquieto
y no me dejas pegar
los párpados un momento.
MARIA. Usted entre plato y plato
se aproximará á mi puesto,
y escucha con disimulo
lo que yo le diga.
PORT. Buenu.
(Suena la campanilla.)
RUP. Que llaman.
PORT. Está muy bien. (Va á abrir.)
RUP. Ahora tomemos asiento.
JUAN. Pues señor, tiene bemoles
dar convites sin dinero!

ESCENA VIII.

DICHOS, ARTURO y ENRIQUE.

ART. ¿Hemos tardado?
RUP. No tal.
JUAN. (Tanto gasto ya me pesa.)
RUP. Conque á la mesa.
ART. Á la mesa.
RUP. Á su asiento cada cual.
ART. ¿Estoy á tu lado?
MARIA. Sí.
ART. ¡Cuán feliz es este dia!
RUP. Arturo, junto á María.
ENRIQ. ¿Y cuál es mi puesto?
RUP. Aquí.
(Designando su lado.)
ENRIQ. ¿Á su lado? ¡Qué dichoso!
JUAN. (Á que la va á enamorar.)
RUP. El convite es familiar.
ENRIQ. Y para mí suntuoso.

JUAN. ¿Qué hay de política?

ENRIQ. Estoy
á ciegas, más me dijeron
que ayer las Córtes se abrieron
y que se han cerrado hoy.

JUAN. ¿No frecuenta usted la iberia?

ENRIQ. Poco, el fastidio me mata,
y como allí no se trata
de ninguna cosa seria...

ART. (¿Me quieres?

MARIA. Con efusion,
y tú á mí?

ART. Con desvarío!)

ENRIQ. Mucho, mucho amigo mio
le sobra á usted la razon.

RUP. (La cosa va viento en popa.)

ART. (¡Qué bella estás, qué elegante,
te adoro.

MARIA. Siempre galante.)

PORT. ¿En dónde pongu la sopa?

ENRIQ. (¡Qué salida!)

RUP. Al rededor
pásala.

ENRIQ. (Detalles buenos.)

JUAN. Justo. (Así tomarán ménos
y será mucho mejor.)

PORT. ¿Qué digu? (Acercándose á María.)

MARIA. No digas nada.

RUP. ¿No bebe usted un traguito? (Á Arturo.)

JUAN. Es un Jerez exquisito.

RUP. Regalo de mi cuñada.

MARIA. Y qué buena que es mi tia.

RUP. Y orgullosa no parece
por más que le pertenece
la mitad de Andalucía.

ENRIQ. ¡La mitad!

RUP. Sí.

JUAN. (Vaya un lio!)

ART. No es eso una atrocidad,
yo sé que la otra mitad
le pertenece á mi tio.

PORT. Riñunes en salsa.

JUAN. ¿Á ver?
RUP. (Estáte quieto, imprudente.)
ENRIQ. (El viejo tiene buen diente.)
MARIA. ¿Por qué no quieres beber?
PORT. ¿Quiere muchu?
ART. Regular,
no me eches más.
(Suena la campanilla.)
RUP. Que han llamado.
(El Portero deja caer la fuente sobre Arturo.)
ART. ¡Caramba!
MARIA. ¿Qué, te han manchado?
ART. No, me han querido limpiar.
PORT. Lo que yu sientu señor,
es que manché su levita.
RUP. (¡Tanta imprudencia ya irrita!)
PORT. Mire que manga.
RUP. Mejor.
PORT. Como usted nu ha servir
y no se la ha de manchar,
nu pudriamos cambiar?
UAN. Anda bárbaro ve á abrir. (Va á abrir.)
ENRIQ. (¡Qué casa, señor, qué casa!)
RUP. Volada estoy!
MARIA. Tambien yo!
JUAN. (Tu locura ocasionó (Á Ruperta.)
el disgusto que nos pasa.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, luégo ANTONIO.

PORT. Dun Juan, un hombre hay aquí
y dice que quiere entrar.
JUAN. Hombre, pues hazle pasar.
PORT. ¿Vuy á decírselo?
JUAN. Sí.
¿Qué señas tiene?
PORT. ¡Demunio!
(Rascándose la cabeza.)
JUAN. ¿Lleva gafas?

PORT. Sí señor,
espejuelos.
JUAN. (Levantándose.) Por favor
no lo abras que es don Antonio.
PORT. Justu, ese nombre me diju.
JUAN. (Uno de los acreedores.)
PORT. Es qui anda en los curridores
y se culará de fiju.
Miradle pur donde asoma.
JUAN. (Adios, reventó el volcan!)
ANT. Muy buenas tardes, don Juan.
(Entrando bruscamente.)
JUAN. (Pues señor no es mala broma.)
(Arturo desde que ve á D. Antonio procura ocultarse á sus miradas, siguiendo todas los movimientos de Enrique Peñalosa.)
ART. (Cúbreme, Enrique.
ENRIQ. ¿Por qué?
ART. Cúbreme, te lo suplico.
Anda.
ENRIQ. No comprendo, chico.
ART. Luégo te lo explicaré.)
ANT. Don Juan.
JUAN. (En hora maldita
viene usted.
ANT. Siempre lo mismo.
JUAN. Cállese usted.
ANT. Su cinismo
es lo que á mí más mi irrita.)
ART. (Hombre, que me cubres mal.
ENRIQ. ¿Le conoces?
ART. ¡Qué dijiste!
Ha tres años que me viste
sin que haya visto un real.)
ANT. Ya me canso de esperar,
ó paga usted mi trabajo...
JUAN. Hombre más bajo, más bajo,
que no es preciso gritar.
ANT. ¿Me dará usted lo que es mio?
MARIA. (¡Qué hora tan intempestiva! (Á su madre.)
RUP. Yo estoy más muerta que viva,
qué lio, señor, que lio.

JUAN. Oiga usté, hombre del infierno.
ANT. No tolero su insolencia,
ó paga...
JUAN. Tenga paciencia
y le pagará mi yerno.
ANT. ¡Su yerno?
JUAN. El jóven que ahí
puede usted ver.
ANT. No le veo.
¿Y él pagará?
JUAN. Ya lo creo.)
ENRIQ. Chico, miran hácia aquí.
ART. (¡Qué dices! ¿Como evitar
la presencia del maldito?
ANT. ¿Cómo, ese caballerito (Descubriendo á Arturo.)
es el que me va á pagar?
JUAN. Es un gran capitalista.
ANT. ¿Tal cree usted?
JUAN. Y no le engaño.
ANT. Hace muy cerca de un año
le voy siguiendo la pista.
Jóven. (Acercándose á Arturo.)
ART. (Me apresó el caiman.)
ANT. No se haga usté el jesuita,
usted debe una levita,
seis chalecos y un gaban.
ENRIQ. ¡Cuánto chaleco!
RUP. y MARIA. ¡Dios mio!
ART. (Si usted es hombre prudente
(Bajo á D. Antonio.)
yo le pagaré fielmente.
ANT. No me fio, no me fio.)
RUP. ¿Debe tambien el señor?
ANT. ¿Que si me debe? Y no poco.
ART. Por Dios, no sea usted loco.
JUAN. ¡El debe tambien!
RUP. y MARIA. ¡Qué horror!
ANT. Págueme usted.
ART. Pagaré
efectuado el casamiento.
ANT. De ningun modo, al momento.
ART. Con eso no venga usté.

ANT. Decidirá el tribunal.
RUP. ¿Pretenderá usted, mal hombre,
ridiculizar el nombre
de la hija de un general?
ANT. ¿Qué general?
RUP. Valdivieso. (Con orgullo.)
ANT. ¡Valdivieso! ¡Vive Dios!
murió debiéndome un rós
y un fraque.
RUP. Calumnia es eso.
ENRIQ. Yo pagaré, caballeros. (Interponiéndose
ANT. ¿Usted? Deje que me espante,
si á mi amigo Villasante
le debe usted tres sombreros.
JUAN. Aquí todos deben.
RUP. Claro,
no pagar es un ardid
que de frecuente en Madrid
á nadie se le hace raro.
MARIA. (Adios amor é ilusiones,
se aguó la boda bendita.)
ANT. Devuélvame la levita (Á D. Juan.)
y deme los pantalones.
JUAN. Nunca me los quitaré.
ANT. Yo lo que es mio reclamo.
PORT. Cumu esta es tambien del amu
voy á entregársela á usté.
JUAN, ART. y ENRIQ.
¡Qué bruto!
PORT. Yo se la daba,
pus que está mucho más vieja
y este cuellu hasta la ureja
mucho me mortificaba. (Se la pone de nuevo.)
ENRIQ. ¿Y aún hay boda?
RUP. No señor.
MARIA. ¡Disparate!
ART. ¡Desatino!
JUAN. En mal hora este hombre vino.
(Por D. Antonio.)
ART. Yo, bendigo al acreedor.
Usted rico se fingía,
y yo rico me fingí,

más quiso la suerte mía,
que no engañase á María,
ni usted me engañase á mí.
Este sastre ha delatado
las mentiras que usté ensarta,
y las que yo le he ensartado,
siempre da mal resultado
JUGAR CON LA MISMA CARTA.
(Cae el telon.)

FIN DEL JUGUETE.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.